

Túpac Amaru, fuego eterno

En las cumbres de los Andes bravíos,
donde el viento murmura en quechua,
nació un grito que retumba en el tiempo,
José Gabriel, el hijo de los cerros,
se alzó por los suyos, se alzó sin miedo.

Siempre a su lado, Micaela, mujer de coraje,
madre de los desdeñados, guía en la tormenta.

Con manos curtidas de maíz y tierra,
levantó su voz por los suyos, sin miedo,
tejiendo esperanza con cada sacrificio.

No fueron solo ellos, no fue solo su grito,
fueron los pasos de miles que caminan juntos.
Se escuchan aún en los surcos de la chacra,
en el agua que corre por los ríos andinos,
en cada corazón que resiste y no se cansa.

Creyeron que con sogas podían silenciarlos,
pero el viento andino canta su memoria.

En cada quena, en cada zapateo,
en el rayo que corta el cielo al amanecer,
vive su lucha, late su historia.

Hoy, cuando el sol abraza la pampa,
se siente su sombra, fuerte, valiente.
Son ellos los guardianes de la herencia,
los que nos recuerdan, con fuego en los ojos:
¡La libertad no se pide, se siembra!

Micaela, José Gabriel, ¡Túpac Amaru!
No son pasado, son llama encendida.
Y mientras un peruano camine estas tierras,
su lucha será nuestro pan de cada día.